

Un día más

Fabio Volo

eBook

SUMA
de letras

A ella.

*Sólo muere un amor que ha
dejado de soñarse.*

PEDRO SALINAS

*When you were here before,
Couldn't look you in the eye
You're just like an angel,
Your skin makes me cry.*

*You float like a feather
In a beautiful world
I wish I was special*

You're so very special.

RADIOHEAD, *Creep*

En sueños, tengo la certeza de despertarme en una casa junto al mar donde he pasado toda la noche con la mujer a la que amo, viviendo momentos de absoluta felicidad. El ruido de las olas nos ha acompañado primero durante la vigilia y a continuación durante el reposo, abrazados en la calidez de nuestros cuerpos desnudos.

En cambio, me despierto en una habitación de hotel en París y, si bien soy consciente de que he estado soñando, sigo oyendo el delicado rumor de las olas.

¡Pero si en París no hay mar!

Enfrentado a esta verdad ineludible, percibo con claridad creciente los ruidos callejeros típicos de las grandes metrópolis.

Son las siete y veinte. El despertador está puesto a las ocho, pero, cada vez con mayor frecuencia, me despierto antes de que suene. Hoy, sin embargo, esta anticipación es algo menos misteriosa. Anoche llegué agotado de la intensa jornada y del viaje, de manera que me metí en la cama sin cenar alrededor de las diez y me dormí de inmediato. Cuando no ceno, sucede lo mismo que cuando estoy a dieta: me cuesta menos levantarme ante la perspectiva de un buen desayuno.

Quizá el auténtico motivo de mi despertar prematuro sea la cita a la que debo acudir hoy. La más importante de mi vida. Todavía no puedo saber a ciencia cierta lo que sucederá, pero la emoción que me embarga en este momento tiene la misma fascinación enigmática de las madrugadas en que me levantaba para averiguar si habían llegado los regalos de Navidad. Permanezco un rato en la cama sumido en estas reflexiones. Sólo me levanto un instante para descorrer las cortinas, pero acto seguido me apresuro a arrojarme de nuevo con las sábanas. Me gusta disfrutar de la tibieza de esos primeros momentos del día. Me ayuda a adentrarme gradualmente en lo que me espera. Echo un vistazo fuera de la ventana y admiro el cielo y los tejados de París. Unas cuantas nubes se mueven veloces. Ordeno mis pensamientos y analizo un poco mi vida. A esas horas de la mañana suelo vivir momentos de gran intimidad. Mucho más que de noche. Cuando me voy a la cama pienso a menudo en mis cosas, pero con el paso de los años he descubierto que por la mañana tiendo a ser más benévolo conmigo mismo. Más ecuánime. Si me despierto pronto me quedo en la cama atento al más leve ruido. Incluso a los que percibo en mi interior. Escucho los de la casa, en ocasiones los que hacen los vecinos, o los que me llegan desde la calle. Hoy, en cambio, los ruidos son diferentes. Puertas que se cierran, grifos abiertos en la habitación contigua, conversaciones en idioma extranjero en el pasillo. Lo que en un principio pensé que era el mar es en realidad la furgoneta que limpia las calles. La gente de este hotel es muy madrugadora.

Suena el despertador. Decido levantarme. Me ducho y me visto. Estamos en septiembre. Hoy, en concreto, es 16. Mirando por la ventana no consigo dilucidar si el tiempo cambiará y nos traerá la lluvia. En el pasado siempre me dirigía a mi abuela para resolver esas cuestiones; ella jamás erraba el tiro. Solía decir: «Me duelen las piernas, mañana

lloverá». Y así era. De niño tenía una imagen de la Virgen que cambiaba de color con las variaciones del tiempo, pero las piernas de mi abuela eran mucho más fiables.

Abro la ventana. Si bien no parece hacer mucho frío, cojo en cualquier caso un suéter.

Mi madre me regaló una secadora hace dos meses. En mi casa ya no se tiende. Ahora bien, desde que la uso la ropa me queda pequeña. La camiseta con la que he dormido me llega justo por debajo del ombligo y los calzoncillos que me acabo de poner me aprietan un poco. Ese aparato encoge a la vez que seca. En cualquier caso, estoy muy contento de que me la haya regalado porque el método que usaba antes era pésimo. Amontonaba la ropa sobre el tendedero de forma que ésta se iba secando a trozos durante la semana: primero una manga, luego el cuello, a continuación el resto. Lo peor de ese sistema era que el día que sudabas olías a rayos. A perro mojado.

En lugar de desayunar en el hotel prefiero ir a uno de mis locales preferidos: Le Pain Quotidien. Estoy cerca del Centro Pompidou, de manera que decido dar un paseo hasta la Rue des Archives, donde se encuentra dicho establecimiento. Le Pain Quotidien es una cadena de tiendas con sucursales en todo el mundo. Todos los locales son idénticos: el suelo, las mesas, las sillas, los armarios y la barra son de madera clara, la típica de Europa del norte. Mientras comes te sientes como una ardilla en el bosque. Café con leche, capuchino, café americano, todo servido en cuencos, como solía hacer mi abuela.

He pedido un zumo de naranja, un café americano y un bollo. Si hay algo que recuerda el hecho de estar en París es el olor a mantequilla que te impregna las manos du-

rante todo el día después de haber comido un cruasán para desayunar.

El establecimiento está abarrotado. En las mesas cercanas, además de francés, se habla alemán, portugués e inglés.

Me pongo el suéter. Ha refrescado.

Al otro lado de la calle hay un Starbucks con sus con-sabidos sofás y sillones en el escaparate. En cuántos lugares del mundo me habré sentado en uno de ellos para leer un libro o escribir en el ordenador. Sobre todo cuando el avión que debía llevarme de vuelta a casa salía tarde y yo tenía que dejar libre la habitación del hotel a las once de la mañana. Esos días el café se convertía poco menos que en mi casa; llegaba incluso a echar una cabezadita arrellanado en uno de sus sillones.

He quedado a las once en el jardín de Luxemburgo. Ni siquiera son las diez, de manera que, como no estoy muy lejos, decido ir a visitar uno de mis rincones preferidos: la Place des Vosges. Cada vez que la contemplo me con-muevo. Paseo por el Marais. Septiembre es uno de mis meses preferidos. Adoro las estaciones en que uno va buscando el sol mientras camina, en que cruza la calle huyendo de la sombra para caldearse. Es mucho mejor que tener que atravesarla en verano tratando de esquivar el sol. A esa hora, en la Rue des Francs Bourgeois el astro está a la derecha.

Llego a los jardines de la Place des Vosges y me siento en un banco bajo un árbol junto a una de las cuatro fuentes. El aire es fresco. Extiendo los brazos sobre el respaldo y, con los ojos cerrados, alzo la cara para dejarme acariciar por la tibieza de los rayos del sol. Poco después oigo el crujido de unos pasos sobre los guijarros. Abro los

párpados. Es una chica. Se sienta en el banco de al lado, abre su ordenador portátil y empieza a escribir. Es frecuente ver a la gente con sus ordenadores en los jardines; aquí es posible conectarse a Internet con *wi-fi*, por lo que muchos trabajan al aire libre cuando hace buen tiempo.

Por algún motivo las mujeres que pasean por París son diferentes. Todavía no he conseguido entender por qué me parecen más hermosas. Da la impresión de que la naturaleza las ha eximido de la vulgaridad del mundo. Quizá porque en su modo de vestir hay siempre un detalle íntimo. Su indumentaria las describe, las distingue. En ciertas ocasiones es un alfiler, en otras un sombrero, los guantes, una cinta, un collar, una determinada combinación de colores. Hay vestidos que sólo favorecen a las mujeres agraciadas y otros que, en cambio, sólo sientan bien a las de carácter afable. El que luce la chica sentada a mi lado, por ejemplo, revela muchas cosas sobre ella. Al parecer vive en un mundo propio en que se encuentra a sus anchas hasta el punto de que, cuando uno la mira, siente deseos de poder acceder a él.

Parece el tipo de mujer que compra en el mercadillo prendas baratas y que, gracias a su fantasía y a su capacidad para combinarlas, consigue vestirse de forma original. Ese tipo de mujeres no necesitan gastar mucho para ir bien vestidas: tienen ese don, resultan femeninas y *sexys* incluso con cuatro trapos. Y huelen a manzana.

En todas las ciudades donde he vivido siempre he tenido un lugar que he considerado «mío» durante un periodo. Uno de esos sitios donde se va a pensar, que nos transmite una sensación familiar de intimidad. A menudo es el primero con que me topo al visitar una ciudad nueva. En París es la Place des Vosges. Solía frecuentarla cuando vivía en esta ciudad, sobre todo los domingos, porque siempre

había músicos tocando bajo los pórticos, la mayor parte de las veces piezas clásicas.

Caminar hasta aquí me ha sentado bien. Me ha ayudado a descargar la tensión que iba acumulando a medida que pasaba el tiempo y se iba acercando el momento de mi cita. En cualquier caso, sigo sintiendo cierta inquietud. Quizá sólo sea miedo. Me muevo como si estuviese desorientado, como si no fuese capaz de dominar la emoción, porque a medida que ésta aumenta me resulta más y más difícil controlarla. Siempre he sido un melancólico con vocación de persona alegre. Creo que la emoción que siento es más que comprensible: si esta cita resulta como espero, cambiará por completo mi vida.

Capítulo

1

La chica del tranvía

En el pasado cada vez que veía una chica que me gustaba procuraba conocerla, pero, sobre todo, hacer el amor con ella. Se pueden contar con los dedos las que en su día dejé escapar. No me parecía que hubiese ningún motivo para hacerlo.

La chica del tranvía fue una de ellas. Siempre la preservé de mí. Y no porque decidiese que debía salvarla, simplemente sucedió así. Nunca entendí si era ella la que condicionaba mi comportamiento o si era yo el que estaba cambiando. Durante dos meses coincidimos en el tranvía todas las mañanas. La nuestra era una cita permanente.

Alessandro y yo somos socios de una imprenta. Imprimimos catálogos, libros de tirada reducida, folletos, prospectos, octavillas publicitarias y, durante las últimas elecciones, incluso material electoral para ambos partidos:

basta cambiar el color, la diferencia no es mucho mayor. Los políticos siempre prometen un futuro mejor. Me pregunto si no se referirán al paraíso.

Hace unos años empecé a trabajar como empleado en la imprenta de la que ahora soy socio. Sé que sonará presuntuoso, pero soy una persona que tiene éxito en todo lo que emprende. Es raro que no consiga los objetivos que me marco. La razón es muy simple: las mismas circunstancias que me han perjudicado en mis relaciones sentimentales me han ayudado, en cambio, en el terreno profesional. Por eso puedo decir que si logro todo lo que me propongo no es tanto porque tenga un talento especial, sino más bien porque carezco de él. La incapacidad de controlar una emotividad tan frágil como la mía me empujó a volcarme en el trabajo. Sentimentalmente era un hombre defectuoso y, por eso, el trabajo se convirtió en mi refugio. Por aquel entonces esa arma impidió que el amor me perdiese. Estaba convencido de que controlaba de forma absoluta mi vida y mis sentimientos, y de que eso no iba a cambiar jamás.

He trabajado también en el extranjero. Sobre todo cuando era joven. En Londres aprendí a desplazarme en los medios públicos de transporte.

El encuentro con la chica del tranvía llenaba de emoción mis días. El resto transcurría como siempre, pero los minutos que duraba ese trayecto eran tan límpidos como una ventana abierta a otro mundo. Una cita alegre.

Ninguna de las personas que formaban parte de mi vida, o tan sólo de la agenda de mi móvil, conseguía emocionarme como esa misteriosa desconocida. Me atraía, pero, a pesar de que la curiosidad que despertaba en mí era sincera, jamás me acerqué a ella.

Ese invierno, cuando subía al tranvía por las mañanas para ir a trabajar me la encontraba sentada. Parecía una nube. La chica del tranvía debía de tener unos treinta y cinco años. Cuando el tranvía se detenía en mi parada, me ponía de puntillas antes de subir a él. Si no la veía esperaba al siguiente. Esa pequeña precaución no impidió, sin embargo, que tuviese que viajar solo en más de una ocasión.

Fue entonces cuando empecé a despertarme poco antes de que sonase el despertador. No quería correr el riesgo de que se adelantase, de manera que procuraba ir a la parada antes de hora.

A menudo fantaseaba sobre ella durante el día, pero ante todo pensaba en nosotros. Es bonito tener una persona con la que poder soñar con los ojos abiertos. Poco importa que sea una desconocida. No sé por qué en mis divagaciones sólo había comas, en ningún momento puntos. Se podría decir que eran como un alud de palabras e imágenes en los que estos signos de puntuación brillaban por su ausencia.

Si bien nuestra relación se limitaba a algún que otro amago de sonrisa y a algunas miradas fugaces y silenciosas, por algún insólito motivo esa extraña me hacía compañía.

Se apeaba dos paradas antes que yo. A menudo tuve la tentación de seguirla para averiguar algo más sobre ella, pero nunca lo hice. Ni siquiera tuve el valor de sentarme a su lado. Procuraba mantener siempre la distancia justa, dependiendo del número de asientos que quedasen libres e intentando que la perspectiva fuese siempre la mejor. Aprendí a mirar de soslayo. A veces, cuando estaba lejos y no quería girar la cabeza hacia ella, la seguía con el rabillo del ojo hasta tal punto que, pasado un rato, éstos llegaban a dolerme. En otras ocasiones, una de las personas

que viajaban de pie se interponía entre nosotros y me impedía verla; solía suceder cuando el tranvía iba hasta la bandera. Fuese como fuese, no la escrutaba durante todo el trayecto, simplemente me gustaba observarla, distraerme con otra cosa y a continuación volver a fijar la mirada en ella. Su presencia me reconfortaba. El mejor asiento era el que estaba junto a la salida. Los días en que estaba libre me sentía afortunado, porque a ella no le quedaba más remedio que pasar por mi lado para bajar y me saludaba siempre con una sonrisa. En caso de que el asiento estuviese ocupado y me tocase permanecer de pie era aún mejor, ya que entonces permanecíamos juntos durante unos segundos y yo podía respirar su aroma. Era como sentir el aire matutino al abrir la ventana. Ahora bien, no podía tocarla. «Quizá un día», me decía. Una vez, sin embargo, nos rozamos. Una mañana, mientras esperaba a que la puerta se abriese, el tranvía frenó en seco y ella se balanceó hacia mí. Su abrigo y mi mano se tocaron y yo la aferré por un segundo. Sentí deseos de retenerla para siempre.

También ella me miraba a veces cuando estaba sentada. Sucedió a menudo que nuestras miradas se cruzasen, la nuestra era una complicidad tácitamente declarada. A menudo sentí miedo de que todo ese intercambio fuese tan sólo debido a la buena educación.

La chica del tranvía escribía a menudo en un cuaderno naranja de tapa dura.

«¿Qué escribirá? ¿Habrà escrito alguna vez algo sobre mí?», me preguntaba.

Me gustaba contemplarla mientras lo hacía. Sobre todo porque antes se quitaba los guantes y también porque se notaba que estaba completamente absorta. Incluso sentía celos. A pesar de que cuando escribía nunca levanta-

ba la cabeza del cuaderno durante el trayecto, el mero hecho de verla tan ensimismada ejercía sobre mí una fascinación aún mayor. No sé lo que hubiera dado por entrar en su mundo.

También cuando leía se abstraía por completo. Para hacerlo se ponía unas gafas que le sentaban muy bien. Me gustaba observarla mientras deslizaba un dedo por debajo de la página derecha y a continuación la alzaba separándola del resto del libro. Si bien era un gesto natural, la delicadeza con que lo realizaba me seducía.

Otras veces, en cambio, se enrollaba un mechón de pelo, también con el dedo derecho.

La chica del tranvía era guapa. Me gustaba su cara, me gustaba su pelo liso, oscuro, abundante. Su cuello, sus muñecas y sus manos. Sólo llevaba una pequeña alianza en el dedo. Nada de anillos o pulseras. Sólo una pequeña alianza. Pero lo que más me atraía eran sus ojos, lo que podía vislumbrar en ellos cuando nuestras miradas se cruzaban por un instante. Eran oscuros, profundos e ineludibles.

«¿Es posible enamorarse de una persona que no se conoce, a la que sólo se ve en el trayecto cotidiano en el tranvía?», me preguntaba esos días. Ni lo sabía entonces ni lo sé ahora. No estaba enamorado. Me atraía, eso era todo. No obstante, puedo decir con absoluta certeza que de algún modo me sentía vinculado a ella y que fue fácil fantasear con la idea de que el destino quizá estaba jugando conmigo. Puede que incluso con los dos.

En una ocasión me acerqué a la chica del tranvía porque no había asientos libres y me quedé de pie delante de ella dándole la espalda. Esa mañana vi su mirada reflejada en la ventanilla. Me percaté de que me escrutaba. Nos encontramos en ese cristal cuya transparencia conseguía cap-

turar nuestras imágenes. Y fue allí, en la confluencia de nuestras caras reflejadas, donde descubrí que una mirada de soslayo puede ser mucho más íntima que una mirada directa. Tuve la impresión de que nos habían pillado robando algo, de que esa superficie ponía en evidencia un deseo hasta entonces silenciado. En esa ocasión me volví a mirarla apenas se apeó del tranvía y éste se ponía de nuevo en marcha. Ella también lo hizo.

Dos veces por semana, por lo general el lunes y el jueves, llevaba consigo una bolsa de deporte. «Debería hacer como ella», pensé cuando la vi. Me refiero a llevar la bolsa al despacho, aunque el gimnasio estaba cerca de casa, y acudir a él directamente. Al menos así iría más a menudo. Porque la verdad era que si pasaba antes por casa, la mayor parte de las veces ya no volvía a salir. Cuando entraba en el apartamento después de todo un día de trabajo la idea de volver a salir a la calle para enfrentarme a la fatiga física podía conmigo. Además solía estar hambriento y picaba siempre alguna cosa nada más entrar; luego, claro está, dejaba el gimnasio para el día siguiente. Mi relación con la bolsa de deporte. Si la preparo por la noche me entran ganas de meterme dentro y de quedarme dormido sobre el albornoz ya plegado. Además debería acostumbrarme a vaciarla cuando vuelvo a casa. A veces me olvido y sólo me acuerdo cuando ya estoy en la cama. Me imagino la camiseta mojada y el albornoz junto al bañador que me pongo para tomar la sauna. A menudo me levanto y saco las cosas porque, de otra forma, no duermo tranquilo. Tengo miedo de encontrar champiñones si lo hago al día siguiente.

De forma que la chica del tranvía era más dispuesta que yo: ella se llevaba la bolsa al trabajo.

Recuerdo que una mañana al subir la vi por primera vez con el pelo recogido en una coleta. Era una cola de ca-

ballo: una de las cosas más femeninas de este mundo, me vuelven loco. Dejaba a la vista su cuello, sus orejas, el contorno de su mandíbula. Pensé: «Ahora me acercaré a ella y no dejaré de mirarla hasta que se levante y nuestros ojos se encuentren en silencio. Así podremos expresar lo que sentimos sin necesidad de hablar. Será una mirada intensa, de esas que estremecen el alma. Nos besaremos. Después nos separaremos un poco y yo le daré unos cuantos besos pequeños en los ojos, en la nariz, en las mejillas, en la frente y, por último, de nuevo en los labios. Al vernos, los pasajeros del tranvía nos aplaudirán como locos. Se oirá una música, el tranvía se parará y nosotros bajaremos y nos perderemos en la ciudad. Créditos, las luces se encenderán y la gente saldrá conmovida del cine».

Pero en cambio no sucedió nada. Permanecí como siempre a una cierta distancia. No hubo ni música ni aplausos, sólo los cristales empañados del tranvía.

Por ella hice muchas insensateces. Un día, por ejemplo, después de que se apease esperé durante unos segundos antes de levantarme. Me puse donde ella había estado y apoyé la mano donde ella había tenido la suya hacía apenas unos segundos. Todavía se podía sentir su calor. Ese día necesitaba algo más, no me había bastado con mirarla. El tacto reclamaba los mismos derechos que la vista. Por ese motivo busqué su rastro. En ese momento su calor me pareció algo íntimo, sentí deseos de acariciar de inmediato una minúscula parte del mundo con el que ella había estado en contacto. Ese mismo anhelo me llevó a tocar la campanilla del tranvía. Mientras sentía su calor me pregunté: «¿Qué somos? ¿Amigos, cómplices, compañeros de juego, amantes platónicos, simples desconocidos?».

Una mañana, mientras se apresuraba a bajar, perdió un guante justo delante de mí. El tranvía iba casi vacío y,

como solía ser habitual, los pasajeros estaban medio dormidos. Por eso nadie se percató de que se le caía y de que, a continuación, yo lo recogía. Debería habérselo devuelto, pero el tranvía había cerrado ya las puertas y además, por algún extraño motivo, me había quedado paralizado. Tal vez pensé que si la llamaba rompería el silencio en que me había acunado hasta entonces o puede que, simplemente, no tuviese el valor necesario para hacerlo. El caso es que me guardé el guante. Era de lana color cereza. Había tenido mucha suerte: si hubiese sido de cuero no habría conservado su aroma. Lo olfateé durante todo el día. Tuve miedo de que si alguien se enteraba pudiese tomarme por un maniaco. Me daba cuenta de que estaba haciendo cosas absurdas, acciones de las que nunca me había considerado capaz. Si eso mismo me lo hubiese contado un amigo habría pensado que estaba loco y a buen seguro su comportamiento me habría parecido incomprensible. El problema era que me estaba sucediendo a mí y que no podía hacer nada para remediarlo. La chica del tranvía había esquivado el control al que, hasta ese momento, había sometido todas mis relaciones. Cuando se lo conté a Silvia se echó a reír, pero no pensó que había perdido el juicio.

Silvia es mi mejor amiga. Sabe todo de mí. La chica del tranvía fue objeto de muchas de nuestras conversaciones vespertinas. Sólo puso reparos al hecho de que yo conservase el guante en una bolsa de plástico para alimentos, como los de *CSI*: lo hacía para que no perdiese el aroma.

«¿Se puede saber qué estás haciendo?», solía preguntarme mientras olfateaba el guante. Lo soltaba de inmediato, pero, como no conseguía quitarme la idea de la cabeza, cuando volvía a pasar por su lado caía de nuevo en la tentación. Quizá debería haber escrito encima de él: «¡Perjudica gravemente la salud... mental!».